

CAPITULOXIX

Castilla: Alfonso el Sabio.—Sancho el Bravo.—Guzman El Bueno.—Fernando el Emplazado.—Alfonso XI.—Batalla del Salado.—Aragon: Pedro el Grande.—Expedicion á Oriente.—Roger de Flor y Berenguer de Entenza.—Conquistas de Sicilia y Cerdeña.—Victorias en Grecia y Turquia.—Jaime el Justiciero.

A Fernando III *el Santo* sucedió en el trono su hijo Alfonso X, apellidado *el Sabio* por sus grandes conocimientos, por cierto muy superiores á su época. Entre las notables obras que su fecundo talento legó á la posteridad merecen especial mencion "Las Tablas Astronómicas," llamadas *Alfonsinas*, "Las Querellas" y el famoso "Código de las Siete Partidas," ancha base sobre la cual descansa nuestra moderna legislacion. A él se atribuye tambien la fundacion del idioma castellano, ó romance, que por disposicion suya llegó á establecerse en 1260, sustituyendo

yendo al latin en todos los documentos públicos.

Bajo el punto de vista del engrandecimiento nacional por medio de la gloria de las armas, no fué, por desgracia, este reinado tan fecundo como fuera de desear; pues en los treinta años que duró no llegó á producir ningun acontecimiento notable. Por el contrario, la desastrosa guerra civil, alimentada y sostenida por el infante D. Sancho, hizo correr inútilmente mucha sangre fratricida y disminuyó en parte el elevado prestigio del reino castellano.

Muerto el rey en 1284, despues de su primogénito D. Fernando *de la Cerda*, que falleció en 1275, ocupó el trono su segundo hijo Sancho IV. Coronado éste el dia 30 de Abril de 1284, aunque no fué un gran rey ocupó con dignidad el sólio de Castilla, toda vez que su indomable valor, universalmente reconocido, le conquistó los honoríficos renombres de *El Fuerte* y *el Bravo*.

Apenas sentado en el trono marchó contra el rey de Marruecos, cuya armada destrozó en las costas africanas.

Las pretensiones que á la corona tenían sus primos los hijos del difunto D. Fernando *de la Cerda*, fuertemente apoyados por una gran porcion de aquella turbulenta nobleza mal avenida siempre con todos los poderes que intentaban dominar su insensato orgullo, sublevaron en contra de Sancho la mayor parte de su reino; pero tan formidable rebelion fué inmediatamente reprimida por el rey, quien poco despues (en 1292) acometió nuevamente á los sarracenos, conquistó á Tarifa y realizó una gloriosa expedicion á Tánger.

Durante este reinado tuvo lugar uno de esos episodios, horriblemente sublimes, en que tanto abunda nuestra noble historia, y que por sí solas bastan á demostrar hasta dónde llegan la lealtad y heroismo que se anidan en los esforzados pechos españoles; nos referimos al incomparable y cruento sacrificio que en el sacrosanto altar de la patria se impuso á sí mismo el inmortal Guzman *el Bueno*; sacrificio justamente grabado con caracteres indelebles en el inmortal libro de la fama, y que ni el trascurso de los

siglos ni la ingratitude de los hombres han sido, ni serán jamás, suficientes á borrar de la memoria de todas las generaciones.

Sucedió que el infante D. Juan, hermano menor de Sancho IV, se sublevó contra éste queriendo sostener la posesion de Sevilla y Badajoz que en mal hora su padre Alfonso *el Sabio* le dejara, cuyo legado fué muy oportuna y sabiamente anulado por las Cortes. El rebelde D. Juan fué vencido y puesto en prision en la que permaneció cuatro años; pero logrando fugarse marchó á Marruecos, donde ultrajando á su patria y pisoteando la fé de sus juramentos religiosos el ambicioso infante pidió al emperador marroqui auxilio contra su propio hermano y rey. Concedido que le fué y puesto al frente de numerosas fuerzas agarenas, sitió á Tarifa cuya fortaleza mandaba el valiente Alonso Perez de Guzman.

Rechazado enérgicamente en varios ataques, el rebelde y pertinaz D. Juan adquirió la plena seguridad de que mientras alentara el bizarro gobernador cristiano era materialmente imposible conseguir la toma de la co-

diciada plaza. Como único medio de intimidar á Guzman se valió del infame ardid de apoderarse de un hijo de aquel, niño de corta edad, manifestando entonces á su atribulado padre que si no le rendía la fortaleza, allí mismo, en su presencia, asesinaría á la infeliz criatura. Augustiosa, terrible era la situación del afligido padre, teniendo que luchar con los naturales instintos de su corazón, herido en su más delicada fibra; pero anteponiendo á todo otro sentimiento el de la patria, y ensordeciendo á todo grito que no fuera el de su delicado deber como gobernador de la asediada fortaleza, aceptó el sacrificio antes que sucumbir á la vil traición que el sanguinario infante le propusiera. El patrio venció al padre, quien transfigurado por el patriotismo y vomitando por entre sus marchitos labios una lluvia de ardiente lava, se asomó á la muralla, y con acento firme y arrogante cuanto amargo, dirigió al infame D. Juan estas elocuentísimas palabras: «No tengo más que un hijo, si tuviera más á todos los sacrificaría gustoso por mi religion y por mi patria; así, ¡bárbaro D. Juan! Si en

ese campo falta cuchilla para inmolarse la inocente víctima, ahí va mi acero!... Y desnudando su espada se la arrojó desde el muro, en cuya cúspide presenció con espartana firmeza el horrible asesinato de su hijo, inmediatamente despedazado por aquella insaciable fiera.

.....
No hay plumas ni pinceles suficientes á describir con sus naturales colores una acción que cual esta traspasa los umbrales del heroísmo y de la abnegación. Ella valió á Guzman el apellido de *el Bueno*, y resonando en España y en Marruecos, quitó á los musulmanes y al traidor y sanguinario infante el deseo de repetir sus ataques contra una plaza que tan incomparable defensor contara.

Esto acontecía en 1294, en cuyo año el valiente D. Sancho corrió casi todo el reino de Granada, infundiendo el terror y el espanto en los musulmanes, conquistando á Quesada y Alcaudete y obligando á Muhamad IV á encerrarse despavorido en la capital.

El 26 de Abril de 1295 bajó al sepulcro es-

te esclarecido monarca que en los oncé años que duró su agitado y turbulento reinado supo desplegar las grandes condiciones que le adornaron en vida y que aún después de muerto le reconocieron hasta sus mismos enemigos.

Su hijo Fernando IV que le sucedió en el trono, vió su reinado devorado por la guerra civil que promovieron varios individuos de su familia apoyados por la nobleza; y cuando en 1312 falleció al espirar el término de treinta días que los hermanos Carvajales le señalaron de vida en el momento de ser injustamente arrojados por orden de aquel desde la Peña de Martos, (por esta razón se llama el *Emplazado*) no había conseguido otros resultados contra los moros que la toma de Gibraltar, verificada en 1309, en cuyo heroico sitio murió el célebre Guzman *El Bueno*.

Muerto Fernando IV pasó la corona de Castilla á ornar las sienes de su hijo Alfonso XI, que contaba poco más de un año de edad cuando en 7 de Setiembre de 1312 fué proclamado rey. En los trece años que duró la

regencia sufrió el heroico y noble pueblo castellano toda clase de tribulaciones, originadas por la insaciable ambicion de los bandos que con feroz encarnizamiento se disputaban el poder; pero una vez declarada la mayor edad del rey, éste, si bien como hombre tuvo extravios amorosos altamente funestos á su reino, como capitán legó á su patria imperecederos recuerdos de inmarcesible gloria.

En 1329 salió á campaña, corrió y taló las tierras de la frontera granadina apoderándose de Teba y terminando su campaña por obligar al rey de Granada á declararse vasallo y tributario del de Castilla.

Por aquella época los Merinitas del Magreb habían alcanzado tan importante poderio que amenazaban renovar las sorprendentes maravillas de los Almoravides y de los Almohades. A principios del año 1333 Ad-delmelek, hijo del Emir Abul-Hasen, paso á España al frente de 7,000 caballos y ocupó á Algeciras y Gibraltar, aumentando considerablemente su invasor ejército. El denodado Alfonso pudo únicamente reunir una peque-

ña hueste, con la cual derrotó á los moros en Lebrija, matándoles 15,000 hombres.

Furioso entonces el Emir predica la *guerra santa*, y en 1339 lleva á las aguas de Algeciras una escuadra de doscientas velas con numerosas tropas de desembarco. Castilla solo podía oponer á la imponente flota musulmana una pequeña armada, en tal mal estado de combate que casi quedaba reducida á la más absoluta impotencia; y aunque entre fuerzas tan desiguales la lucha era materialmente imposible, los cristianos se lanzaron con sin igual denuedo sobre sus feroces enemigos el día 4 de Abril de 1340. Empeñóse con horrible encarnizamiento el desigual combate, y cuando casi todas las galeras castellanas habian sido echadas á pique, sepultando en las saladas aguas los destrozados cadáveres de sus heroicos defensores; todavía el bizarro Almirante Tenorio se sostenia haciendo frente á cuatro naves enemigas. Tres veces penetraron al abordage los africanos en la galera capitana y otras tantas fueron rechazados, hasta que por fin un Zeneta logró derribar al Almirante, que su-

cumbió heroicamente abrazado á la ensangrentada bandera de Castilla.

Alentados por este triunfo los musulmanes desembarcaron en nuestras costas un poderoso ejército compuesto de 600,000 hombres, al cual se unió en Algeciras el rey moro de Granada Yussuf con todas sus fuerzas disponibles. El día 30 de Setiembre de 1340 emprendieron todas estas tropas el sitio de Tarifa.

En vista del inminente peligro que nuevamente amenazaba á toda la España cristiana, y á semejanza de lo acontecido en idénticos casos allá por los reinados de los Alfonsos V y VIII, se unieron los reyes de Castilla, Aragon y Portugal, y determinaron salir al encuentro del atrevido árabe. Los moros tenian de su parte la inmensa ventaja del número, cuando ménos cuatro veces mayor que el de los cristianos, pero estos tenian en su apoyo el irresistible fuego patrio que les animaba al considerar que de la derrota ó el triunfo pendian, no solo sus vidas, sino la futura suerte de su heroico pueblo, de su religion, de sus familias y de sus hogares.

Cuando una brillante pléyade de esforzados ciudadanos que luchan por tan altos intereses saben morir por ellos vendiendo caras sus preciosas vidas, no hay fuerza humana, por inconstrastable que parezca, suficiente á detenerlos en la pendiente del heroismo y la abnegacion.

Así es que en 30 del siguiente Octubre se libró en las risueñas márgenes del *Salado* aquella importantísima batalla, comparable solo, por sus resultados morales y materiales, á la memorable de las *Navas* de Tolosa. Allí perecieron 200,000 defensores de la *media luna*, y entre los prisioneros figuraron Abu-Amer, hijo de Abul-Hassan y la mejor lanza de su ejército, un sobrino y la esposa del Emir, y muchos otros caudillos de importancia; allí consiguieron las armas cristianas tan decisiva victoria que ella cerró á los moros, para siempre, la entrada en la codiciada Peninsula ibérica.

Al siguiente año (1341) D. Alfonso conquistó á los árabes granadinos las villas de Alcalá la Real, Priego, Benameji, Rute y otras varias fortalezas.

Despues sitió á Algeciras, puerta tan fuñesta para España y que se defendió con obstinada energía durante el largo espacio de tres años. Rindióla al fin el 26 de Marzo, de 1344; y pasando á sitiar nuevamente á Gibraltar, resistió esta plaza un largo y rigoroso asedio. Cuando cansados ya los sitiados moros y sin esperanza alguna de salvacion, pedian capitular, se declaró en el campo cristiano la más asoladora peste que diezmando las filas del ejército sitiador, cambió el aspecto de las cosas. Víctima del contagio sucumbió el 26 de Marzo de 1350 el bizarro monarca que habia conquistado en la historia uno de los más distinguidos puestos entre la admirable pléyade de los Alfonsos.

A su muerte las armas españolas eran objeto de la ferviente admiracion de todos los pueblos, que estupefactos contemplaban sus increíbles triunfos; el floreciente reino de Castilla habíase convertido en el terror de la atribulada morisma; y si por un momento apartamos de él la vista para dirigirla á la ya temible monarquía aragonesa, el mas indescriptible asombro se apoderará de nos-

otros al admirar las fabulosas hazañas realizadas durante el reinado de Pedro III, uno de los soberanos más célebres de aquella gloriosa época.

Sucesor de D. Jaime *el Conquistador*, cuyo trono ocupó en 1276, llegó por sus heroicos hechos á ser el monarca mas poderoso de Europa, y el árbitro de la cristiandad.

La sangrienta hecatombe verificada en Palermo el 30 de Marzo de 1282 á que dieron ocasion la horrible tiranía y punibles excesos de los franceses acaudillados por Carlos de Anjou, ofrece á Pedro III un razonable pretexto para la conquista del reino de Sicilia, la cual consiguió con increíble rapidez, persiguiendo al de Anjou hasta el otro lado del Estrecho. Esta conquista le enemistó con la Santa Sede y con la Francia; pero contra todos supo el valiente aragonés luchar y vencer heroicamente. El Papa Martin IV le excomulgó, y Felipe III el *Atrevido* invadió el Aragon á sangre y fuego con un fuerte y poderoso ejército; mas todo esto importaba nada á un corazon tan esforzado como el de Pedro el *Grande*: vencidos los

franceses por tierra y humillado el célebre marino Roger de Laura en un combate naval, el denodado monarca aragonés, que supo despreciar la fanfarrona excomunion del jefe la Iglesia Católica, logró mantener la integridad de sus Estados, sosteniendo con vigorosa energía y no empañado brillo el lustre de su corona hasta el momento de su muerte, acaecida en 1285.

Mas tarde (en 1303) reinando D. Jaime II, las victoriosas armas catalanas y aragonesas fueron conducidas en triunfo por los bizarros caudillos Roger de Flor y Berenguer de Entenza al Oriente, donde auxiliando al emperador de Constantinopla, llevaron á cabo tan inauditas hazañas que casi sometieron á su dominio todo el imperio, conquistando una fabulosa cuanto merecida celebridad. En Frigia y en el monte Tauro realizaron los españoles increíbles proezas, por las cuales quedó el emperador griego tan altamente agradecido que confirió á Roger la alta dignidad de César, que casi le elevaba al nivel suyo. No le fueron en zaga las llevadas á cabo por el valeroso Berenguer; y cuando

ambos no tenían ya enemigos delante, se fueron juntos á invernar á Galípoli.

Emulando el asqueroso proceder en otro tiempo empleado por los romanos para deshacerse de Viriato, el infame Miguel Paleólogo urdió una miserable intriga que hizo caer en un festin la cabeza del heróico Roger mientras que un fuerte ejército de turcos, griegos y alanos se lanzaba repentinamente sobre los españoles que tranquilos y confiados descansaban en sus cuarteles de invierno.

Ante tan villano proceder, furioso como un leon sediento de sangre y de venganza, Berenguer, al frente de los suyos, se arroja al campo, y rechazando victoriosamente al enemigo llega en alas del triunfo hasta las mismas puertas de Constantinopla. En su atrevida y arrolladora marcha vence y deshace á una poderosa escuadra griega; pero como siempre la excesiva confianza fuera el patrimonio de los valientes, que en su noble corazon jamás pueden albergar la mas pequeña duda respecto á la lealtad de los demás, este denodado caudillo sucumbió vícti-

ma de una infame trama urdida por los pérfidos genoveses, quienes fingiéndose sus amigos le prendieron cuando mas tranquilo y confiado estaba, consiguiendo esta vil traicion lo que no habia podido lograr el multiplicado esfuerzo de 200,000 combatientes.

Mas no por esto sucumbió en aquellas apartadas regiones la causa española, cual los traidores se proponian. Aún se conservaba en pié la importante fortaleza de Galípoli, cuyos muros guardaba el esforzado Bernardo de Rocafort al frente de un reducido número de españoles que por su incomparable valor podian competir con el mas fuerte y denodado ejército. Encerrados en un círculo de hierro, privados de todo auxilio, teniendo en su contra todas las imponentes fuerzas de los dos vastos imperios griego y turco, llegaron entónces aquellos dignos sucesores de los héroes de Sagunto y de Numancia al punto mas culminante y fabuloso del valor sublime y de la resistencia incomparable: un dia acometieron tan furiosamente á la armada muchedumbre que les tenia cercados, que en muy pocas horas mataron hasta 6,000

de á caballo y 20,000 infantes. Al poco tiempo libraron otra importantísima batalla, en la cual derrotaron completamente á las huestes enemigas mandadas por el miserable asesino Paleólogo; y por último fueron tantas y tan notables las heroicas hazañas realizadas por aquel puñado de valientes, que llegaron éstos á hacerse tan temibles é infundir tal terror á los griegos, que al oír el solo nombre de *catalanes* huían despavoridos en el más espantoso desórden.

Doce años de ruda é incesante lucha (de 1302 á 1313) pusieron á los españoles en posesion de la mayor parte de la Grecia, haciéndoles dueños de toda la comarca de Atenas y de la Neopatria, que vinieron á unirse á la corona de Sicilia y mas tarde á la de Aragon.

Tal fué la famosa y memorable expedicion á Grecia y á Turquía, la más atrevida de aquellos heroicos tiempos. Con sobrada razon dice un historiador contemporáneo que: "dificilmente osaría gente de otra nacion emprender una excursion semejante, que nos recuerda la antigua de los 10,000, y que for-

ma uno de los más admirables episodios de la historia de dos pueblos tan afamados por el valor y el esfuerzo de sus naturales, el aragonés y el catalan.»

Algunos años después (en 1324) reinando aún Jaime II *el Justiciero*, su hijo Alfonso engrandecia los dominios de su padre conquistando la isla de Cerdeña, tenazmente defendida por los *Pisanos*; y cuando en 1348 obtenia el reino, bajo el cetro de Pedro IV, la unidad territorial y política por que tanto habia luchado, los dominios aragoneses eran tan dilatados que constituian una nacion de las más importantes de la Europa y cuyo influjo pesaba extraordinariamente en todas las decisiones del mundo cristiano.

Este es el premio reservado siempre á los pueblos viriles que luchan con teson por su glorioso engrandecimiento.
